

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA EN ALGUNOS AUTORES LATINOS

Iris Ada Quiero

El presente trabajo tiene como objetivo rastrear el sentimiento que la naturaleza inspiró en algunos autores romanos. Para ello se han seleccionado fragmentos representativos de la literatura, que cantan a la naturaleza o mencionan algunos de sus aspectos.

Según Oscar Oñativa:

"La formación de un ambiente constituye la culminación de un complejo proceso de diferenciación con el contorno, al cual se aprende a dominar tirando sobre él nuestras miradas y nuestros pasos"¹.

Su trabajo es un valioso aporte a la explicación del espacio como reflejo de la personalidad, tema tratado por muchos autores a través de distintas épocas.

¹ Oscar OÑATIVA. "Personalidad y espacio". En: Humanitas. Univ. Nac. Tucumán. Año VII. 1959. N° 11. pp. 47-64.

Encontramos por ejemplo, al personaje romántico, amante de la noche y los lugares exóticos, el *locus amoenus* de la literatura medieval; el hombre de nuestra época inclusive, experimenta alegría ante el renacer de la primavera o la tristeza tiñe su espíritu en los grises días de invierno.

El artista, gracias a su sentido de la vista, capta la realidad externa y luego, por un proceso creativo, nos hace partícipes de ella mediante distintas vertientes: la pintura, la música o las letras. Es decir que en literatura, por ejemplo, el lector renueva sus vivencias personales de la naturaleza a través de recursos expresivos hábilmente manejados por el autor.

En la literatura clásica, no sólo redescubrimos esa realidad circundante, sino que también logramos conocer los sentimientos del hombre romano ante fenómenos físicos como: la lluvia, el trueno o el proceso de germinación.

Actualmente tenemos una explicación científica, debidamente comprobada, de todos los fenómenos de la naturaleza, pero el hombre romano, como todo hombre antiguo, sólo experimentaba emociones como la admiración, el miedo o la ternura.

En la antigüedad, la tierra, madre creadora, era una divinidad adorada y los fenómenos que en ella aparecían como el temblor, el agua o el trueno, se convertían en sus hijos, hermanos o esposos.

El hombre concibió primero a la naturaleza como algo inmutable y rígido y pensó que sobre ella podía actuarse mediante el encantamiento o el conjuro. El romano necesitó explicarse los fenómenos que se presentaban ante su vista. ¿Por qué calienta el fuego? ¿Por qué nace una planta? y respondió sencillamente que todo sucedía porque el sol, el fuego, el agua, tenían su propia manera de obrar.

Según Carlos Disandro:

"Naturaleza es un poder vivo de múltiples e inagotables operaciones. La actividad de la naturaleza alcanza a los mismos dioses"².

² Carlos DISANDRO. "Natura, De Rerum Natura en Lucrecio". En: Revista de Estudios Clásicos. T. III, pp. 227-245. Fac. Fil. y Letras. Mza. 1948.

A partir de este concepto, vamos a rastrear el sentimiento que la naturaleza inspiró a los autores latinos.

En primer lugar, podemos destacar un pensamiento común respecto a los seres y las cosas.

1- *La naturaleza, los seres y las cosas tienen vida propia:*

Lucrecio no sólo describe el mundo y los fenómenos, sino que busca su explicación. De este modo nos afirma en su *De rerum natura* que el mundo nace y muere, tiene principio y fin:

..... *si procreat ex se
omnia, quod quidam memorant, recipitque perempta,
totum nativo ac mortali corpore constat.
nam quodcumque alias ex se res auget alitque,
deminui debet, recreari, cum recipit res.
Praeterea si nulla fuit genitalis origo
terrarum et caeli semperque ueterna fuere,....*³

".....si de ella nacen todas las cosas, lo cual algunos reconocen, y se retira luego destruida, por lo mismo todas las cosas están formadas por un elemento nativo y mortal, pues siempre que se desarrolla y nutre una cosa de ese espíritu, debe por lo mismo ser debilitado, o ser recreado, cuando la cosa se rehace. Además si algún principio generador de la tierra y el cielo existió, las cosas han sido eternas siempre por lo mismo "....

En este mundo viviente, que nace y muere, las cosas y los seres están animados por un espíritu interior.

Virgilio explica los bellos secretos de la naturaleza a través de las palabras que Anquises dirige a su hijo Eneas en el libro VI de la *Eneida*:

3 LUCRECIO. *De rerum natura*. Gran Bretaña, Attera, 1938. (En adelante se citará por la presente edición.) libro V, vv. 319-325.

*Principio caelum ac terras camposque liquentes
Lucentemque globum lunae Titaniaque astra
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem et magno se corpore miscet.
Inde hominum pecudumque genus vitaeque volantum
Et quae marmoreo fert monstra sub aequore pontus*⁴.

"Desde un principio, un espíritu alimenta interiormente al cielo y las tierras y las líquidas llanuras y al globo luminoso de la luna y a los astros titánicos. Ese espíritu agita al mundo, repartido por todas sus extremidades y lo remueve en su gran cuerpo. De allí, la raza de los hombres y de los animales terrestres y de las aves y los monstruos a los que el mar lleva bajo su superficie marmórea".

De allí que, el Tíber, dotado de ese espíritu, cobra vida y se presenta ante el héroe troyano:

*... Ego sum, pleno quem flumine cernis
Stringentem ripas et pingui culta secantem,
Caeruleus Thybris, caelo gratissimus amnis.
Hic mihi magni domus, celsis caput urbibus exit*⁵.

"Yo soy, el azulado Tíber, al cual ves con repleto caudal que roza las costas y que divide los fértiles campos, río tan querido por el cielo. Aquí tengo mi gran morada, mi fuente surge de excelsas ciudades".

Luego de esta presentación, acompaña a Eneas, y sus aguas, convulsionadas durante la noche, se serenán durante el día para que los remos puedan abrirlas con facilidad.

4 Publius VERGILIUS M. L'Eneide. 2 tomos. París, Garnier, 1960, libro VI, vv. 724-729. (En adelante se citará por la presente edición).

5 Opus cit., 1. VIII, vv. 62-65.

En momentos de peligro para el hijo de Venus, ante los Rútulos, el Tíber se espanta:

..... *cunctatur et amnis*
*Rauca sonans revocatque pedem Tiberinus ab alto*⁶.

"y el río Tiber que suena ronco, suspende el curso desde lo profundo y retrocede".

Natura es una fuerza activa que ha establecido el orden, es una luz que nace con el hombre y lo hace capaz de discernir el bien del mal. Dota a las personas de ciertas características como la moderación, la templanza y el respeto a los demás.

En las entrañas de ese universo, en los procesos de su formación, existe una armonía y sonidos imperceptibles al oído humano. El hombre no puede oírlos, así como no resisten sus ojos la luz del sol y sólo procura imitarlos con la lira y las modulaciones de la voz:

*Hic vero tantus est totius mundi incitatissima conversione sonitus, ut eum aures hominum cupere non possint, sicut intueri solem adversum nequitis, eiusque radiis acies vestra sensusque vincitur*⁷.

"Pero este sonido del mundo entero es tan aceleradísimo por el movimiento, que los oídos de los hombres no pueden soportarlo, lo mismo que no podéis mirar al sol que está de frente, y el sentido de vuestra vista es vencido por sus resplandores".

La naturaleza, dotada de superioridad divina, no sólo dio origen al hombre y forjó su carácter, sino también

6 Idem. l. IX, vv. 124-125.

7 M. Tullius CICERO. *De Re Publica. Opera.* Lipsiae, Teubner, 1827-1828. Tomo X, l. VI, cap. 18 (En adelante se citará por la presente edición).

lo rodeó de otros seres y cosas para que lo acompañaran y a la vez le mostraran permanentemente su omnipotencia:

*Unde igitur ordiri rectius possumus, quam a communi parente natura? quae quidquid genuit, non modo animal, sed etiam quod ita ortum esset e terra ut stirpibus suis niteretur, in suo quidque genere perfectum esse voluit*⁸.

"¿De dónde pues podemos comenzar mejor que por la naturaleza, madre común? la cual todo lo que engendró, no sólo al animal, sino también lo que de la tierra hubiera nacido de tal modo que se pareciera a su raíz quiso que todo fuese perfecto según su género".

Este morir y renacer de la vida en la naturaleza, se repite en varios autores latinos, con el mismo punto de vista de *natura-madre*, que lleva en sus entrañas una etapa de gestación, el tiempo necesario y puntual para que los seres surjan de ella como en un parto. Nadie mejor que Virgilio para cantar al proceso de fecundación de la naturaleza:

*Ver adeo frondi nemorum, ver utile silvis:
Vere tument terrae et genitalia semina poscunt.
Tum pater omnipotens fecundis imbribus aether
Coniugis in gremium laetae descendit, et omnes
Magnus alit, magno commixtus corpore, fetus*⁹.

"Precisamente, la primavera, útil para el follaje de los bosques, la primavera útil para las selvas: Las tierras en primavera se hinchan y reclaman las generativas simientes. Entonces el padre omnipotente, el éter, desciende en fecundas lluvias hacia

8 CICERO, *Tusculanes*. L. V, cap. 13. Tomo II (III-V) Paris, Les Belles Lettres. 1931. p. 125.

9 P. VIRGILIO M. *Georgicon*. Milano, Notari, 1927, l. II, vv. 323-327. (En adelante se citará por la presente edición).

el seno de su regocijada esposa, y unido con su gran cuerpo, poderoso nutre todos los seres".

Emana de sus versos una alegría y un goce espectaculares ante esa capacidad reproductiva de la naturaleza.

A modo de síntesis de esta primera afirmación que sostiene la existencia de un espíritu interior que anima todos los seres y las cosas, es preciso destacar un valioso fragmento de Cicerón, de sus *Tusculanas*, en el cual enumera cada uno de los elementos del orbe. Menciona por ejemplo la rapidez con que la noche se convierte en día, la primavera en otoño, el invierno en verano. Se maravilla ante la contemplación de las bestias y las diversas aptitudes de las que fueron dotadas. Su mirada se detiene finalmente frente al mar y reflexiona sobre las múltiples utilidades que las cosas brindan al hombre y culmina con una pregunta:

*Haec igitur et alia innumerabilia quum cernimus, possumusne dubitare, quin his praesit aliquis vel effector, si haec natasunt, ut Platoni videtur; vel, si semper fuerint, ut Aristoteli placet, moderator tanti operis et muneris?*¹⁰.

"Por consiguiente cuando vemos éstas y otras innumerables cosas, ¿podemos dudar que presida estas cosas o bien algún creador, si estas cosas han nacido, como parece a Platón, o bien, un moderador de tan grande obra y oficio, si existieron siempre como agrada a Aristóteles?".

Es indudable, un espíritu interior animó todas las cosas. *Natura* contemplada desde todos los ángulos posibles es una obra perfecta y el hombre romano supo valorarla como tal. La adoraba, la respetaba y por esa aptitud innata, la admiraba. Surge así un segundo sentimiento frente a la naturaleza:

10 M. T. CICERO. Tusculanes, l. I, cap. XXVIII.

de sus trabajos por parte de la naturaleza, frente a los rasgos buenos que de ella surgen no podía evitar el goce, la felicidad:

3- *Alegría-amor:*

"Cada civilización tiene su manera propia de amar a la naturaleza; según los tiempos, los hombres se complacen en tal o cual imagen que les encanta, mientras que otro aspecto los deja indiferentes o incluso les repele. Los romanos gustaban más que nada de los bosquecillos umbríos, las fuentes, las cuevas entre rocas, y sus jardineros habían elaborado todo un arte de paisaje 'natural', en el que el artificio se aliaba con una disposición silvestre bien calculada"¹³.

Horacio nos contagia su estado anímico, su preferencia por el campo en la *Epístola X* de sus "Epístolas". Es una valiosa carta en la cual procura convencer a su amigo Fusco de las ventajas que posee la vida campestre por encima de la vida ciudadana:

*Novistine locum potio rem rure beato?
Est ubi plus tepeant hiemes,.....
... Purior in vicis aqua tendit rumpere plumbum,
Quam quae per pronum trepidat cum murmure rivum?
Nempe inter varias nutritur silva columnas
Laudaturque domus, longos quae prospicit agros.
Naturam expelles furca: tamen usque recurret
Et mala perrumpet furtim fastidium victrix¹⁴.*

"¿Conoces sitio mejor que el campo venturoso? ¿En

¹³ Pierre GRIMAL. La civilización romana. Barcelona, Ed. Juventud, 1965, cap. VII, "Roma y la tierra", p. 230.

¹⁴ HORATIUS FLACCUS. Il carme secolare. Torino, Giovanni Chiantore, 1927, "Epistolarum", l. I, Epístola X, vv. 14-15 y vv. 20-25. (En adelante se citará por la presente edición).

qué lugar el invierno es más templado?...¿El agua se esfuerza en romper el plomo en las aldeas más pura que la que bulle con murmullo por el pendiente río? Naturalmente un bosque se cría entre columnas de variado mármol y es alabada la casa que contempla campos espaciosos. Expulsa tú la naturaleza con una horca: sin embargo ella nuevamente retornará y victoriosa destruirá los hábitos desdeñosos furtivamente".

¡Cuánta vida hay en su naturaleza! Hay porfía, puesto que, aunque el hombre a golpes la destruya, ella retornará.

Catulo también canta su alegría al volver a Sirmio:

quam te libenter quamque laetus in viso,
.....
salve, o venusta Sirmio, atque ero gaude:
gaudete vosque, o Lydiae lacus undae:
*ridete, quidquid est domi cuchinnorum*¹⁵.

"¡con cuánto gusto y cuán alegre voy a contemplarte!.....

¡Salve, oh hermosa Sirmio!, ¡Regocíjate por tu dueño; regocijaos vosotras también, oh lidias ondas del lago: sonreíd, de todas las sonrisas cualquiera que haya en casa!".

Horacio ha cantado en muchos versos su alegría de vivir en el campo y ha procurado con ellos convencer a sus congéneres de lo beneficioso que resulta para la salud y el espíritu:

"Dicis adductum propius frondere Tarentum.
Fons etiam rivo dare nomen idoneus, ut nec
Frigidior Thracam nec purior ambiat Hebrus,
Infirmo capiti fluit utilis, utilis alvo.

15 CATULO. Carmina selecta. Milano, Carlo Signorelli Editore. 1915, c. XXXI. v. 4 y vv. 12-14.

*Hae latebrae dulces et, iam si credis, amoenae,
Incolumem tibi me praestant Septembribus horis*¹⁶.

"Dirías que Tarento, traído más cerca está cubierto de verde. También una fuente, digna de dar nombre a un río, de manera que el Ebro no rodea la Tracia ni más frío ni más puro, fluye útil para la cabeza enferma, útil para el estómago. Estos refugios dulces y, si ya me crees, amenos, me mantienen incólume para tu amistad en las horas de setiembre".

El adjetivo 'incólume' sintetiza el estado de perfección en que Horacio se encuentra en su finca y que lo condiciona para recibir y dar amor. La amistad, otro tema tan ricamente tratado por Horacio, se cultiva mejor en un lugar ameno, pleno de elementos naturales, carente de estructuras elaboradas por el hombre.

El romano, un enamorado de su tierra, valora y admira profundamente las labores campestres.

En las *Geórgicas*, sólo hay labriegos, panaderos, hortelanos y apicultores consagrados humilde y tenazmente al cultivo de sus propias fincas. La tierra es fértil y lo puede dar todo si se la trabaja:

*Porturit almus ager, zephyrique tepentibus auris
Laxant arva sinus; superat tener omnibus umor,
Inque novos soles audent se germina tuto
Credere, nec metuit surgentes pampinus austros
Aut uctum caelo magnis aquilonibus imbrem;
Sed trudit gemmas et frondes explicat omnes*¹⁷.

"La tierra fecunda ofrece su fecundidad, y los campos, a los tibios soplos del Céfiro abren su seno; la savia tierna sobreabunda por todas partes, y a los nuevos rayos del sol sin temor los brotes se atreven a con-

16 HORATIUS. *Epístolas*, I, 16, vv. 11-16.

17 VIRGILIO. *Geórgicas*, l. II, vv. 330-335.

fiarse y no teme el pámpano a los vientos que se levantan o la lluvia echada del cielo por los grandes aquilones; pero empuja los brotes y despliega todas sus hojas".

Virgilio vuelve la mirada hacia las labores nativas y exalta la vida sencilla, al campesino con sus trabajos y esfuerzos que se renuevan cada día, cada año, como renacen sus esperanzas en cada primavera:

*Tum pingues ugni et tum mollissima uina,
Tum somni dulces densaeque in montibus umbrae*¹⁸.

"Entonces los corderos son gordos y entonces los vinos muy suaves, entonces los sueños son dulces y espesas las sombras en las montañas".

El hombre se deleita al contemplar tanta belleza natural, pero no se detiene allí.

Reconoce lo arduo de su trabajo y se duele al ver que en invierno los esfuerzos son inútiles para proteger las mieses:

*Saepe ego, cum flavis messorum induceret arvis
Agricola et fragili iam stringeret hordeum culmo,
Omnia ventorum concurrere proelia vidi,
Quae gravidam late segetem ab radicibus imis
Sublimem expulsam eruerent.....*¹⁹

"A menudo mientras el agricultor conducía al segador por dorados campos sembrados y ya cortaba las cebadas de frágil tallo, he visto que irrumpieron todas las batallas de vientos las que desenterraron extensamente el fruto grávido, de sus propias raíces y fue expulsado a lo alto..."

El trabajo de las abejas también atrae la atención

18 VIRGILIO. Geórgicas, l. I, vv. 341-342.

19 Ibid, vv. 316-320.

del escritor latino y a veces compara esta tarea con la del labriego:

*Qualis apes aestate nova per florea rura
Exercet sub sole labor, cum gentis adultos
Educunt fetus, aut cum liquentia mella
Stipant et dulci distendunt nectare cellas,
Aut onera accipiunt venientum, aut agmine facto
Ignavum fucos pecus u pruesepibus arcent;
Fervet opus, redolentque thymo fragantia mella*²⁰.

"Tal cual a las abejas en el nuevo verano el trabajo pone en movimiento bajo el sol por los floridos campos, cuando crían las generaciones adultas de su especie, o cuando amasan la líquida miel y llenan con dulce néctar las celdillas, u otras reciben las cargas de las que llegan, o formando una columna defensiva alejan a los zánganos, rebaño perezoso, de las colmenas; se trabaja con ardor, y las mieles perfumadas huelen a tomillo".

Los romanos amaban el ambiente natural, sobre todo las fuentes, los bosques, el sol, el verde y los autores elogian al hombre que protege y embellece con su labor esa naturaleza virgen:

*Beatus ille qui procul negotiis,
ut prisco gens mortalium,
paterna rura bobus exercet suis
solutus omni faenore,
.....
vel cum decorum mitibus pomis caput
Autumnus agris extulit,
ut gaudet insitiva decerpens pira
certantem et uvam purpurae,
.....
.... ut iuvat pastas oves*

²⁰ La Eneida, l. I, vv. 430-436.

*videre properantes domum,
videre fessos vomerem inversum boves
collo trahentes languido
positosque vernas, ditis examen domus,
circum renidentes Lares*²¹.

"Dichoso aquel que alejado de negocios, cual la raza primitiva de hombres, labra con sus bueyes los paternos campos, libre de todo interés.....
O cuando el otoño levanta por los campos su cabeza engalanada de frutos maduros, cómo se alegra el que cosecha las peras injertadas y la uva que compite con la púrpura..... Cómo deleita ver las repastadas ovejas que vuelven de prisa a casa, ver los cansados bueyes que traen la reja al revés, en su cuello desmayado y los esclavos, enjambre de riqueza, ubicados alrededor de los resplandecientes lares".

Si, por circunstancias políticas, el exiliado debe alejarse de Roma, busca un paraje semejante a su tierra y cuando no le toca en suerte, expresa la hostilidad de la naturaleza que lo rodea:

*orbis in extremi iuceo desertus harenis,
fert ubi perpetuus obruta terra nives.
non ager hic pomum, non dulces educat uvvas,
non salices ripa, roboru monte virent.
neve fretum laudes terra mugis, uequoru semper
ventorum rabie solibus orba tument.
quocumque aspicias, campi cultore carentes
vastaque, quae nemo vindicat, arva iucent*²².

"Yazgo proscripto en las arenas de los últimos confines del mundo, donde la tierra soporta cargada nieves

²¹ HORACIO. Epodo II, vv. 1-4; vv. 17-20; vv. 61-66.

²² OVIDIO. Pónticas, I, III, vv. 49-56: En Tristium Libri quinque ibis. "Ex Ponto libri quattor". Britain, Oxonii, 1969.

eternas. Aquí el campo no produce fruto, ni uvas dulces, ni las riberas tienen sauces, ni robles crecen en el monte. El mar no es mejor que la tierra, las olas amenazan siempre, privadas del sol, por la impetuosidad de los vientos. Adondequiera que mires, campos yacen carentes de labriego, y vastas llanuras a las que nadie reclama".

Virgilio y Horacio transmiten en sus versos la alegría, el gozo por la pureza y sencillez de la vida campesina en contacto con la naturaleza. Es una vida ideal, no sólo para la edad productiva, sino también, como lo explica Cicerón, es buena para la edad senil:

*Quid de pratorum viriditate aut arborum ordinibus aut vinearum olivetorumve specie plura dicam? Brevi praevidendum: ugro bene culto nihil potest esse nec usu uberius nec specie ornatius; ad quem fruendum non modo non retardat, verum etiam invitat atque adlectat senectus. Ubi enim potest illa aetas aut calefcere vel apricatione melius vel igni aut vicissim umbris aquisve refrigerari salubrius?*²³.

"¿Qué diré del verdor de los prados, los órdenes de árboles, la especie de viñas y olivares? Diré sumariamente: nada puede haber ni más provechoso en cuanto al fruto ni más hermoso en cuanto a la vista que un campo bien cultivado; para gozarlo la vejez no sólo no retarda, sino que también llama y convida. ¿Pues dónde puede esta edad o calentarse mejor al sol o a la lumbre o mejor refrescarse más saludablemente a su vez con las sombras o con las aguas?".

El romano, que por diversos motivos debió alejarse de esos preciados lares, los añoró, los amó más y dejó testimonios escritos de ese sentir.

23 CICERO. De Senctute, Buenos Aires, Coni, 1951, cap. XVI.

4-Añoranza

Las cartas de Cicerón nos ofrecen conmovedoras manifestaciones de añoranza. En el ámbito campestre se encontraba consigo mismo, lograba pensar, ordenar sus ideas y a veces, dar rienda suelta a su inspiración:

*... quumque mune me in silvam abstrusi densum et usperam, non exeo inde ante vesperum. Secundum te, nihil est mihi umicius solitudine. In ea mihi omnis sermo est cum litteris.....*²⁴.

"... y cuando por la mañana me marché al umbrío y espeso bosque, no salgo de allí hasta la tarde. Después de ti, no tengo otro amigo que la soledad. En ella toda la compañía son los libros..."

Cuando está distante de esos parajes solitarios, los añora y no deja de manifestar su deseo de adquirirlos:

*Ego autem volo aliquod emere latibulum et perfugium doloris mei*²⁵.

"En cambio, yo deseo comprar cualquier rincón lejano, y refugio de mi dolor".

Están siempre presentes estos dos sentires: tristeza por lo que se dejó o añoranza de un lugar ameno.

Horacio, que tanta alegría y salud experimenta en el campo, cuando por diversos motivos debe permanecer en la ciudad, añora aquellos parajes ideales y recrimina al esclavo que anhela la ciudad:

*Tu mediastinus tacita prece rura petebus,
Nunc urbem et ludos et balnea vilicus optus;
Me constare mihi scis.....* ²⁶

24 CICERO. Ad Atticum, l. XII, epístola 15.

25 Opus cit., l. XII, epístola 13.

26 Epístolas, I, 14, vv. 14-16.

"Siendo tú esclavo, pedías con súplica silenciosa los campos, ahora, granjero, prefieres la ciudad no sólo los juegos sino también sus baños; sabes que yo soy fiel a mí mismo..."

*Quem scis immunem Cinarue placuisse rapuci,
Quem bibulum liquidi media de luce Falerni,
Cena brevis iuvat et prope rivum somnus in herba*²⁷.

"Sabes que el que deleitaba inmune a la rapaz Cínara, el que bebedor de chispeante falerno en la mitad del día, se complace con una cena breve y un sueño en la hierba, cerca del río".

También aparece un sentimiento de tristeza frente a la destrucción de la naturaleza por la naturaleza misma. Horacio se acongoja al ver que *natura madre* crea, produce, genera vida y ella misma, de pronto, se destruye. En Escitia, por ejemplo, no hay sol, sólo frío y nieve, y las bestias mueren y enferma el ganado:

*Illic clausa tenent stabulis urmentu, neque ullae
Aut herbae cum po apparent aut arbore frondes:
Sed iacet ugeribus niveis informis et alto
Terra gelu late, septemque adsurgit in ulnus.
Semper hiems, semper spirantes frigora cuuri.
Tum sol pallentes haud unquam discutit umbras,
Nec cum in vectus equis altum petit aethera, nec cum
praecipitem Oceani rubro lavit uequore currum*²⁸.

"Allí tienen los rebaños encerrados en establos, no se descubre nada, ni hierba en el campo o follaje en un árbol; pero se extiende la tierra dilatadamente, informe, con montones de nieve y con el alto hielo, y alcanza siete codos. Siempre, invierno, siempre

27 Opus cit. vv. 33-35.

28 VIRGILIO. Geórgicas, l. III, vv. 352-359.

los cauros que exhalan fríos. Además el sol nunca disipa las pálidas sombras, ni cuando sube arrastrado por sus caballos al alto cielo, ni cuando baña su carro que se precipita en las aguas enrojecidas del océano".

Ante la devastación y la impotencia para detenerla, el hombre siente temor.

5- Temor

Frente a sus ojos, *natura* ha colocado un espectáculo asombroso: vegetales que se renuevan cada año, animales con aptitudes diferentes, amigos o enemigos del hombre, que a su semejanza se reproducen; épocas del año con distinta temperatura, unas que matan la vida de los seres, otras que dan fuerza y son generadoras de nueva vida: lluvia que cae inexplicablemente y moja su cara; viento que mueve las hojas y con la furia del huracán destruye su casa; hielo, en pequeñas o grandes cantidades que, bajo los rayos del sol, se convierte en agua; agua cristalina que corre por un cauce que ella misma ha construido y que alimenta sus cosechas; agua que bebe para su propia subsistencia; sol que ilumina y enaltece su pictórico paisaje y árboles que le ofrecen protección ante su excesivo fulgor. Tierra, mar y cielo, enormes extensiones fructíferas para el cultivo y cosecha. ¡Tanto espectáculo, tanta maravilla inexplicable!

Sus ojos admirados, al no encontrar una razón científica, adjudican a la naturaleza un espíritu que la anima, una divinidad a veces benéfica, otras maléfica. Por eso el hombre romano rinde homenaje, celebra y ejecuta sacrificios a esos dioses para calmar su furia o para clamar por mejores cosechas.

Pero esta tranquila contemplación se trueca en un instante en temor, cuando la tierra se mueve con fuerza, se abren grietas y sus casas son arrasadas por la lava que emerge del Etna porque Encédalo, en su interior, cambia la postura:

*... sed horrificis juxta tonat Aetna ruinis,
Interdumque atrum prorumpit ad aethera nubem,
Turbine fumantem piceo et candente favilla,
Attollitque globos flammurarum et sidera lambit;*²⁹

"... pero cerca de allí el Etna retumba con derrumbes espantosos, a veces vomita contra el cielo una nube negra, que humea con un remolino de pez y ceniza caliente, y levanta montones de llamas y lame las estrellas;"

Este es el fenómeno que más lo aterraba, es el monstruo más temido, y no hay sacrificios ni honores que lo aplaquen. Él se mueve en la tumba, sin tener conciencia del daño que provoca, no ejerce el mal intencionalmente y sorprende a los hombres a cualquier hora del día.

Oscar Oñativa en su estudio sobre el espacio y la personalidad nos dice:

"Arriba, implica un movimiento ascendente, un cambio de plano esencial en el espacio, hacia un lugar sagrado; abajo, es descender, caer a otra región cósmica, tal vez al mundo oscuro de los muertos o al terrible infierno"³⁰.

Parece que desde los orígenes el hombre ha tenido el mismo concepto de verticalidad en ascensión hacia lo sublime y divino y de descenso, rumbo a lo oscuro, tétrico, infernal.

De allí que la morada de los muertos se ubique en un lugar subterráneo, distante y que para llegar a él sea necesario recorrer múltiples pasajes, estructuras complejas y peligrosas. Virgilio por ejemplo, eligió un lugar en los alrededores de Cumas, frecuentado por él en varias oportuni-

29 VIRGILIO. Eneida, l. III, vv. 571-574.

30 Oscar OÑATIVA, Opus Cit. p. 47.

dades, como ingreso a los Infiernos. Miguel Dolç reconoce que el lugar preciso es invención de Virgilio, pero afirma que en realidad está dotado de características naturales que lo condicionan para ser sinónimo de Infierno:

"Todavía hoy su atmósfera despierta en nosotros un extraño sentimiento de sobresalto, poesía y religión en el que sobrevive intacto el culto de lo invisible y del misterio de ultratumba"³¹.

Sin duda era un ámbito propicio para que Virgilio ubicara en él la entrada a los Infiernos, cumpliendo una función de credibilidad:

*Interea videt Aeneas in valle reducta
Seclusum nemus et virgulta sonantia silvae
Lethaeumque, domos plucidas qui pruenatut, urnem.
.....
Horrescit visu subito causasque requirit
Inscius Aeneas.....* 32

"Entretanto ve Eneas en el valle alejado un bosque solitario y matas de la selva que hacen ruido, residencia apacible que baña el río Leteo..... Se estremece repentinamente ante la aparición y Eneas, ignorante del hecho, pregunta la causa del misterio".

Así Virgilio, como otros autores que escriben sobre el Infierno como parte del ambiente natural, parte del espacio conocido (la Campania) para entrar en el alegórico.

Literatura es, desde sus primeras manifestaciones, obra exclusiva del hombre y éste expresa desde distintos ángulos sus experiencias y sentires.

31 Miguel DOLÇ, "Supervivencia de un mito virgiliano"; "La Sibila en Virgilio", En Rev. Univ. Chaco. Resistencia, Chaco, 1983, p. 122.

32 VIRGILIO. Eneida, l. VI, vv. 703-705 y vv. 710-711.

Hoy, las tormentas más violentas, con efectos lumínicos-sonoros de rayos y truenos originan en nosotros estados de temor, aún teniendo la explicación teórica de lo que está sucediendo. Con mayor magnitud vivió el hombre de aquella época ese estado, pues no conocía su origen y lo asumía como un castigo. La tempestad aparecía cuando el fruto de su trabajo estaba a punto de ser cosechado o cuando se hallaba en medio del mar, sin posibilidad de refugio:

*Postquam altum tenuere rates, nec jam amplius ullae
Apparent terrae, caelum undique et undique pontus,
Tum mihi caeruleus supra caput adstitit imber,
Noctem hiememque ferens, et inhorruit unda tenebris.
Continuo venti volvunt mare, magnaue surgunt
Aequora; dispersi jactamur gurgite vasto.
Involvere diem nimbi, et nox umida caelum
Abstulit; ingeminant abruptis nubibus ignes.
Excutimur cursu, et caecis erramus in undis. . . .* 33

"Después que las naves navegan en alta mar, ya no toda la tierra aparece más, por todos lados el cielo y por todos lados el mar, entonces una negra nube se detuvo sobre mi cabeza, cargada de tempestad y sombra, y una oleada se erizó en las tinieblas. Los vientos revuelven inmediatamente el mar, y grandes extensiones de mar aparecen; dispersos fuimos arrojados por el vasto mar. Las nubes oscurecieron el día, y la noche con lluvia cubrió el cielo. Llamadas se multiplican en nubes abruptas. Somos sacados del curso y erramos por las ciegas aguas. . . ."

Jamás el hombre romano explica un fenómeno sin mencionar a la naturaleza como productora, ser grandioso y divino, que da origen a las cosas.

Al reconocer que un espíritu interior anima los fenómenos naturales, el hombre antiguo teme y paralelamente respeta algunas señales agoreras. No siempre la acción

33 VIRGILIO. Eneida, l. III, vv. 192-200.

maléfica de algunas divinidades surge imprevisiblemente, como en los temblores. En ciertas oportunidades los hombres reciben una señal: el oscurecimiento de las nubes indica tormenta próxima y en otras, la luna, que ocupa un lugar privilegiado, advierte, por ejemplo, sobre la conveniencia o no de entablar batalla. Según Julio César, los germanos no trababan la batalla hasta que sus madres les indicaran el momento oportuno de acuerdo con la señal que la luna les daba:

*quod apud Germanos ea consuetudo esset, ut matres familiae eorum sortibus et vaticinationibus declararent, utrum proelium committi ex usu esset, necne; eas ita dicere: non esse fas Germanos superare, si ante novam lunam proelio contendissent*³⁴.

"porque esta costumbre existía entre los germanos, la de que las madres de familia de ellos declaraban por medio de sortilegios y adivinaciones si sería ventajoso o no que se trabara la batalla; que ellas decían así: Que no era posible que los germanos vencieran si daban la batalla antes del novilunio".

Conclusión

Es realmente valioso rescatar ese amor del romano por su naturaleza. Admiró la capacidad creadora de *natura*, la adoró como a una divinidad, la cuidó, la cultivó y la embelleció.

Podemos comprender la deificación puesto que carecía de explicaciones científicas de los fenómenos naturales. Pero el labriego de hoy movido por circunstancias tan diferentes, no puede experimentar el sentir de aquel romano que araba su lar. Tampoco el hombre común detiene un instante su ajeteo diario para contemplar la caída de las

34 Julio CESAR. De Bello Gallico. Barcelona, Bosch, 1965, I. I, cap. L.

hojas, la desnudez de la naturaleza en invierno ni el renacer de las plantas en primavera.

No menos elogiabile es el canto maravilloso que surge de los poetas clásicos ante la contemplación de las hembras pariendo o del agua manando de su fuente natural.

Ningún aspecto de la naturaleza dejó de ser evocado por los escritores. Estos reflejaron certeramente su sentir frente a la naturaleza: el miedo ante los movimientos telúricos; la admiración ante la capacidad reproductora; el amor frente a las sencillas labores agrarias; la añoranza en el destierro y la algarabía de vivir en una tierra como la suya.